CONFERENCIAS DADAS EN EL CENTRO DE INTERCAMBIO
INTELECTUAL GERMANO-ESPAÑOL

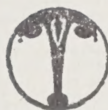
IV

IMAGENES DE MADRID

POR

DON PEDRO DE REPIDE





MADRID
1926

SEÑORAS, SEÑORES:

La iconografía religiosa de un pueblo de abolengo tiene importancia, unas veces de tradición, otras de arte, y a veces, juntamente, tradicional y artística, que la hace constituir una parte curiosa de la historia de la ciudad.

Al hacer una referencia, aunque sucintamente, a las imágenes madrileñas, mencionaré las que tienen su valer en la inveterada fe que los habitantes de la villa les consagraron de generación en generación, y relataré también otras menos conocidas, pero que ostentan la valía de su mérito artístico, labor considerable de la imaginería española. Y en esta relación, ya que se trata de la iconografía que tiene el prestigio de lo tradicional, sólo he de llegar hasta fines del siglo XVIII.

He ahí mi tema durante los tres cuartos de hora, justos, que voy a distraer vuestra atención.

Tres imágenes de la Virgen, dos de ellas desde tiempo inmemorial y la tercera desde el siglo XVIII, las que Madrid ha venerado con un fervor mayor. La de Atocha, la de la Almudena y la de la Paloma. Algunos noticieros mal enterados han llamado patrona de Madrid a esta última, pero sólo son las dos primeras las que con San Isidro Labrador, ostentan ese título de patronato.

En el siglo XVII movió calurosamente los ánimos esta cuestión, siendo por aquellos tiempos cuando los escritores más preclaros escribían, no ya composiciones, sino hasta libros enteros, sobre esos

asuntos patronales, ora ya acerca de Madrid, ora ya refiriéndose a España entera. Lope de Vega hizo uno de ellos. Salas Barbadillo escribió refiriéndose a la Almudena, la Patrona de Madrid restituída, Quevedo empleaba su alta pluma en defender a Santiago contra Santa Teresa en el patronato nacional, y en el famoso memorial a Felipe IV se acuerda de su devoción de madrileño cuando dice aquello de:

Y al gran San Isidro, ni ermita ni cerro.

En el año 1643 adquirió en Madrid grandes proporciones la cuestión de elegir patrona entre las distintas representaciones de la Virgen. Había diferentes partidos. Quién se pronunciaba por la de los Remedios que se veneraba en la Merced; quién por la Soledad, en el convento de la Victoria; no faltaban los decididos por la del Buen Suceso, y sobre todos hallábanse los que abrazaban pendón, de un lado por la de Atocha, y de otro, por la de la Almudena.

Fueron triunfantes los fieles de la Virgen de Atocha, a la que con tal motivo trajeron desde su monasterio al de las Descalzas, donde la tuvieron ocho días, dedicándole grandes fiestas. No era la primera vez que esa imagen era trasladada al convento fundado por la infanta doña Juana. En 1598 habíase verificado la misma traslación y no debieron ser muy edificantes las escenas que en la confusión del templo acontecían, por cuanto don Antonio Martínez Salazar en su «Colección de memorias y noticias del gobierno en general y político del consejo», dice que «mandóse que un alcalde con dos o tres alguaciles, asistieran al monasterio hasta que se cerraran las puertas al anochecer, para impedir los desórdenes experimentados en el poco tiempo que estuvo allí la imagen».

Tan remoto había querido hacerse el origen de la Virgen de Atocha, que se la consideró nada menos que como obra de San Lucas y de Nicodemus, traída milagrosamente desde Antioquía en cuya manera de escribirse (Antiochia) quieren algunos encontrar la razón etimológica de ese nombre. Otros, enemigos de ir tan lejos, quieren que proceda de la denominación de la yerba Tocha o Atocha, por haber gran abundancia de ella en el lugar donde fabricóse la ermita, campo que se llamaba del Atochar o de los Atochares.

Su capillita primitiva tenía ya cierta importancia en el año 1162

en que el arzobispo de Toledo le puso bajo la jurisdicción de la abadía de Santa Leocadia, en aquella ciudad. Y en 1523 fué cuando el inquisidor general don García de Loaysa, más tarde arzobispo de Sevilla, y fray Juan Hurtado de Mendoza, de la orden de Predicadores, decidieron fundar un monasterio de la religión dominicana. Hallábase a la sazón en Vitoria el recientemente elegido Papa, Adriano VI que había sido ayo de Carlos V y obispo de Tortosa, y a él acudieron con su demanda. El Cardenal Fonseca, arzobispo de Toledo, y el entonces abad de Santa Leocadia, que era el madrileño don Gutierre de Vargas y Carvajal, y más tarde obispo de Plasencia, no se opusieron a semejante cambio y el nuevo Pontífice atendió en seguida a los solicitantes. El monasterio de Nuestra Señora de Atocha, que tanta importancia había de tener, y cuya iglesia llegaría a ostentar el título de basílica, quedaba fundado, viniendo de Talavera, el 11 de Mayo en aquel año, los primeros frailes de la naciente comunidad.

La Virgen de Atocha llevaba, como la de la Almudena, unido su nombre a los episodios de la conquista de Madrid. En la leyenda ha quedado el nombre del caballero Gracián Ramírez, que degolló a su mujer y a sus hijas para que no cayeran en poder de los musulmanes. Luego que los cristianos triunfaron, fué Ramírez a orar devotamente ante la imagen de Atocha, y la Virgen premió su celo con el milagro de devolverle vivas y sanas la mujer y las hijas sin más recuerdo de lo pasado que la señal del cuchillo matador. El prócer ingenio de don Francisco de Rojas Zorrilla tomó inspiración en esta leyenda para escribir su comedia «Nuestra Señora de Atocha». Y con el mismo asunto hizo su primera obra dramática don Juan Hartzenbusch. Gracián Ramírez existió, en efecto, y fué origen de dos preclarísimos linajes. El de los Ramírez de Saavedra, tronco de la casa ducal de Rivas, y el de los Ramírez de Haro, fundamento de la casa condal de Bornos, tan madrileña, que en ella estaba vinculada la propiedad de la pradera de San Isidro.

No era la imagen de la Virgen de Atocha la única que recibía veneración en su iglesia, hallábase allí también la Virgen del Milagro, así llamada porque al ser traída a Madrid, detúvose junto a ese convento el carro que la conducía, sin que consiguieran arrancarle de allí poderes humanos. Pero después de la efigie de la titular, la imagen más famosa del templo era el Santo Cristo de Luca, que

también era llamado el Cristo del Zapato. Ocurrió que un embajador italiano, cuyos asuntos en la corte tardaban en resolverse, decidió acudir a la protección de la Virgen de Atocha pidiéndole que viniese en su ayuda. Tan bien le oyó la Virgen que al día siguiente todos los negocios que de su país había traído el embajador hallábanse concluídos y arreglados. Y como hubiese prometido a la Virgen que le haría el mejor regalo que pudiese, así que llegó a Luca, que era su patria, hizo copiar exactamente el célebre crucifijo que se veneraba en aquella ciudad y envióla a la iglesia de Atocha, considerando, según hizo saber, que ningún presente mejor podía ofrecer a la Virgen que su propio hijo.

Llegó el Cristo suntuosamente vestido; tan suntuosamente que hasta zapatos de plata habíanle puesto. Y así ocurrió un milagro que ha quedado en tradición y dió nombre madrileño al crucifijo italiano. Fué el caso que un ladrón robó uno de los argentinos chapines que el Cristo poseía, y habiendo sido preso por su delito, manifestó en su disculpa que Jesús mismo se lo había regalado. Y habiendo ido el juez, como en la leyenda toledana del Cristo de la Vega a pedir declaración a la imagen del Crucificado, la efigie del Redentor habló también para decir que, en efecto, él regaló a aquel hombre uno de sus zapatos para que se remediase en su necesidad. Quedóle calzado un solo pie, y así es como quien ahora os habla recuerda haberle visto en la basílica mientras le referían la leyenda del Cristo del Zapato, que entonces impresionó grandemente su imaginación infantil.

A la par que se habla de la Virgen de Atocha, debe hablarse de la de la Almudena, la cual, aunque sin la brillantez que la primera, ocupa un lugar preferente, y acaso más íntimo, en la historia madrileña.

Trescientos sesenta y tres años escondida en un cubo de la muralla de Madrid estuvo esta imagen, que por encontrarse el sitio en que fué hallada cerca de la casa que los árabes llamaban Almudena, es decir, Alhóndiga, dióse ese nombre a aquella efigie que se aparecía a los madrileños de la reconquista en perfecto estado de conservación, a pesar de estar labrada en madera vulgar y guardada tanto tiempo en sitio húmedo y sombrío. Con que habiéndose levantado sobre la mezquita el primer templo que tuvo la villa después de rescatada, y que desde luego se dedicó a la Madre de Dios,

llamándole de Santa María, juzgóse que ningún aposentamiento había de ser tan adecuado para la imagen de la Almudena como esa iglesia, y a ella fué llevada con grande pompa y aparato.

Durante la Edad Media compartió esta imagen los honores del culto con la de Atocha, aunque desde la fundación del monasterio de esta última, vino a quedar un tanto oscurecida. Sin embargo, las personas reales recordábanle a veces. Así, en 1616, hubo de recibir el regalo de una corona que le enviaba la reina de Francia, Ana de Austria, hija de nuestro Felipe III y mujer de Luis XIII.

Cuando en 1624 hallábase la primera esposa de Felipe IV, doña Isabel de Borbón, embarazada de la infanta doña Margarita, encomendóse solemnemente a Nuestra Señora de la Almudena, y entonces fué ocasión de que se descubriera otra imagen mural, que se supuso del tiempo de Alfonso VI, tras el retablo de la iglesia de Santa María. Porque, realizándose algunas obras en el templo, apareció la dicha pintura, algo toscamente pintada y a la que se llamó Nuestra Señora de la Flor de Lis, porque tenía una azucena en la mano, de lo cual concluyeron algunos cronistas, entre ellos Jerónimo de Quintana, que siendo esa flor emblema de los reyes de Francia desde tiempo inmemorial, debía proceder de la época de alguna reina francesa, y recordaba que doña Constanza, una de las mujeres de Alfonso VI, fué princesa de ese país.

La devoción de doña Isabel de Borbón a la Almudena, trajo a esta imagen nuevos días de esplendor. De aquella época debe ser esa efigie suya en piedra que se halla en el murallón contiguo a la Cuesta de la Vega y a la cual no puede concederse en todo caso antigüedad superior a la época de Felipe III, pues fué en tiempo de este monarca, cuando por capricho de una dama que regaló su más costoso guardainfante para vestir a una imagen de la Virgen, se inició la costumbre de darlas ese aspecto triangular, tan poco severo y tan ausente de elegancia. La construcción de la nueva catedral y la terminación de la cripta donde se ha colocado la imagen de la Almudena, a quien el templo está dedicado, han dado a esta Virgen madrileña todo el realce que su tradición merecía.

La tercera de las imágenes favoritas de los madrileños es la de la Paloma, cuyo culto ha adquirido también ahora una gran importancia. Carece del abolengo de las de Atocha y de la Almudena, y en armonía con su aspecto y con su historia es la de carácter más

popular y sencillo. En un corral propiedad de las monjas de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, hallábase entre unos montones de leña esta imagen, que aunque ha llegado a tener propia personalidad no es, en mi concepto, más que un trasunto de la Virgen de las Maravillas. Una piadosa mujer, Andrea Isabel Tintero, compró el lienzo de la Paloma a unos muchachos que jugaban con él y después de limpiarlo púsolo devotamente en un retablillo del portal de su casa. Después, en 1795, hízose por el arquitecto Francisco Sánchez, discípulo de Villanueva, la capillita primitiva donde a más del culto popular, recibió la adoración constante de dos vecinas, María Luisa Parma y luego Isabel II, que fueron sus devotas más constantes.

La Soledad ostenta el mérito de ser una obra de arte que tiene también su tradición. La Reina Isabel de Valois encargósela al famoso escultor Gaspar Becerra, para que copiase en talla una imagen pintada que ella trajo de Francia. Becerra intentó dos veces la ejecución de su obra, sin el éxito que él quería, y de pronto, como si atendiese a una inspiración suprema apartó de la chimenea un leño que ya comenzaba a arder, y en él fué en el que pudo labrar esta imagen, que la reina, sumamente satisfecha de la escultura de Becerra, hizo llevar al convento de la Victoria, de religiosos mínimos de San Francisco de Paula, que se hallaba en la Carrera de San Jerónimo y fué fundado con la eficaz ayuda de la propia reina Isabel.

Esta imagen se halla actualmente en la colegiata de San Isidro y parroquia del Buen Consejo. Por cierto que al mencionar la Virgen de este nombre, que ya se hallaba en el templo del antiguo Colegio Imperial, de jesuítas, debe recordarse que ante ella, sintió el marquesito de Castellón, Luis Gonzaga, hijo del príncipe Ferrante, que vino a Madrid con la emperatriz doña María, la vocación que le llevó a ingresar en la Compañía de Jesús.

La Virgen de las Maravillas, que ha dado nombre a un barrio típico de Madrid, y hoy tiene su iglesia en la moderna calle del Príncipe de Vergara, estaba en Rodoviejas, pueblo de la provincia de Salamanca, donde la desecharon del culto y fué traída a esta corte con escasa reverencia, sirviendo de contrapeso en unas alforjas. La tradición de esta imagen está relacionada, no sólo con la historia del barrio a que dió finalmente nombre, sino a la de dos calles madrileñas. La del Lobo (hoy Echegaray) y el callejón de Gitanos (ac-

tualmente calle de Arlabán). El lugareño que trajo a esta villa esa efigie, cuyas andanzas no habían de parar en tal viaje, hallóse con que no podía pagar el precio del traslado de su ajuar, que había traído consigo, y hubo de dejar la imagen en prenda al alcabalero Juan Fernández, que la guardó en una alacena esperando el desempeño.

Pasó el tiempo, y entre una carga de leña, fué a poder de unos gitanos que habitaban en lo que luego fué callejón, que tomó nombre de ellos, y allí la adquirió la piadosa Ana del Carpio, esposa del escultor Francisco Albornoz. En su poder estaba cuando obró el milagro de devolver la vida al niño, que por haber roto la piel del lobo disecado que dió nombre a esta calle, y sacado su paja, sufrió cruel castigo del cazador. Cuando esta asendereada imagen hubo de ser conducida al beaterio de la calle de la Palma, siguió al carruaje en que ella iba una blanca paloma, que se posó sobre él al llegar a la iglesia. Paloma que se dejó coger por las religiosas y sirvió de ofrenda en la fiesta de la Purificación celebrada al siguiente día, pues la traslación sucedió el 1 de Febrero de 1627.

La Virgen del Buen Suceso es otra de las imágenes madrileñas más célebres. Hallábanse en viaje para Roma en el año 1606 dos hermanos de la congregación de los Obregones, que en aquella sazón era la encargada de atender el hospital para soldados y criados de la real casa, que fundó en 1529 el emperador Carlos V con el título de San Andrés el Real de la Corte, y como en las montañas entre Sana y Triguera, lugares del obispado de Tortosa, les sorprendiera una furiosa tempestad, determinaron guarecerse en una cueva, donde hallaron una imagen de la Virgen, a la que después de adorar, llevaron con ellos a la Ciudad Eterna.

Esos Obregones, que se llamaban Gabriel de Fontanet y Guillermo Martínez de Rigola, acudieron a solicitar del papa el uso de la cruz morada que luego fué su distintivo ,y cuando se presentaron a Paulo V con la imagen encontrada, el Pontífice les concedió lo que pedían. Veneró la Virgen a la que puso el nombre del Buen Suceso y la presentó una cruz de oro. Vueltos a Madrid, los hermanos pusieron la imagen en una sala del Hospital General, hasta que elegido Fontanet para el cuidado de los enfermos en el hospital de San Andrés el Real de la Corte, llevó consigo la imagen. Don Pedro Fernández de Navarrete, administrador que era del hospital, la puso en una capilla

de la iglesia en 6 de Julio de 1611, y en 1641 trasladóse al altar mayor, celebrándose con tal motivo en Madrid extremas fiestas y extraordinarios regocijos. La Virgen del Buen Suceso acabó por dar nombre al templo y al hospital, tan célebres después. En aquella iglesia se celebraba la famosa misa de dos, en sufragio por el alma de la víctima de un error judicial. Una criada, a quien se ahorcó como culpable de robos, que según luego se averiguó había cometido una urraca.

Los Obregones fueron también quienes rescataron de la mancebía de la calle del Carmen, una bella imagen de la Virgen que había en un balcón y servía para grave escarnio. Las autoridades recogieron la efigie, que estaba vestida lujosamente a lo profano, y la depositaron en el Ayuntamiento, donde los regidores la llamaron Nuestra Señora de Madrid, y la entregaron al Hospital General, donde fué colocada en su capilla el 10 de Octubre de 1651.

La Virgen del Amor de Dios, que estaba en un portal de la calle a que dió nombre, fué trasladada a la iglesia de Antón Martín, de la que fué titular, así como de la del colegio de Niños Desamparados, con lo que su nombre halla relación con tres señalados personajes madrileños.

Fué otra imagen muy famosa en su tiempo la de Constantinopla, que se veneraba en el Convento de la Salutación de Nuestra Señora, de religiosas franciscanas, y se hallaba en la calle Mayor. La imagen fué traída de Nápoles, por doña Jerónima de Luján, hija de don Rodrigo, presidente de aquella ciudad, y había sido hallada en Constantinopla por un ermitaño napolitano llamado Juan Manin, que debía su vida y grandes favores a la Virgen, no sólo librándole de ser asesinado por los turcos, sino también de los horrores de un naufragio, cuando llevándola consigo tornábase a su patria. Por esa razón Nuestra Señora de Constantinopla fué venerada como abogada de los navegantes.

Una institución madrileña de la importancia de la Inclusa debe también su nombre a una imagen. La Casa Real de Nuestra Señora de la Caridad y San José, de niños expósitos, tuvo comienzo el 21 de Mayo de 1567. Se fundó en el convento de la Victoria una cofradía de la Soledad para recoger los niños abandonados. Juntáronse grandes limosnas y fondos. Compraron una casa cercana a la iglesia de San Luis, y luego la casa de la calle de Preciados con vuelta a la

Puerta del Sol y calle del Carmen, donde, junto con el colegio de la Paz, permaneció este instituto cuando fué extinguida la congregación primitiva y quedó bajo el patronato real. Ambas instituciones trasladáronse juntas a la calle de Embajadores, donde se hallan, y allí también las acompañó la imagen, que se llamó de la Inclusa, corrupción del nombre flamenco de Enckuissen, lugar de donde un soldado de Felipe II trajo esa figura de la Virgen.

Muy venerada es también la Virgen de la Carbonera, que se halla en el monasterio del Corpus Christi, en uno de los más bellos rincones madrileños, la plazuela del Conde de Miranda, tan apacible y tan serena, y fué fundado por la condesa de Castellar, doña Beatriz Ramírez de Mendoza, gran devota del Santísimo Sacramento, que fué allí colocado el 28 de Septiembre de 1607, y al que está dedicada la iglesia. Sin embargo, todo el mundo llama a ese convento el de las Carboneras, por la imagen de la Concepción, que allí se halla, y fué donada por un religioso francisco descalzo, que la encontró en una carbonera, y llamábase fray José Canalejas.

La Virgen de los Afligidos recuerda los días en que unos clérigos irlandeses, al mismo tiempo que bastantes católicos ingleses, vinieron a recogerse en España huyendo de la revolución de Inglaterra que costó la vida al rey Carlos I. Establecieron los irlandeses su convento y colegio en el camino de San Bernardino, y cuando se trasladaron a la calle del Humilladero, quedó la Virgen en el altar mayor de la iglesia, que en 1635 pasó a ser de los canónigos regulares premostratenses de San Norberto. El convento se llamó entonces de San Joaquín, pero, sin embargo, lo mismo que la iglesia y el barrio, siguió siendo llamado de Afligidos, por el nombre de la Virgen.

En el convento de Agustinos Recoletos estaba la Virgen de Copacavana, copia fiel de la que se veneraba en el Perú, y fué aquí colocada por fray Gregorio Aguirre, en 21 de Noviembre de 1622. Lo que hoy se llama paseo de Recoletos denominóse también Copacavana, por dicha imagen.

La Virgen de la Novena, patrona de los comediantes, que tiene su capilla en la iglesia parroquial de San Sebastián, es otra imagen de las famosas de Madrid. La primitiva era un lienzo propiedad de don Pedro Veluti, que estaba en un retablillo de la calle de Santa María, esquina a la del León. Influyó en la popularidad de aquella

imagen el haber sido víctima de los ultrajes de ciertos herejes que la dieron de puñaladas el año 1623, durante la noche que llegó a Madrid el príncipe de Gales, más tarde Carlos I de Inglaterra. Tan mutilado quedó el cuadro, que su dueño vióse obligado a poner en su lugar otra imagen nueva, que tampoco pudo substraerse al ataque de los iconoclastas, y este hecho se repitió algunas veces más, venciendo en piadosa obstinación el caballero Veluti a los tenaces destructores de la devota representación.

Creció el número de los adoradores de aquella imagen, y entonces sucedió la conocida historia de Catalina Flores, la mujer del buhonero, quien estaba tullida y divulgó la nueva de que había sanado por hacer una novena a aquella efigie, la cual fué tomada por los cómicos como patrona, fundando en su honor una congregación, que continúa, y un hospital, que ya no existe, aunque permanece en pie el edificio en que estuvo situado en la esquina de la travesía del Fúcar y la calle de la Alameda, en la parte que entonces se llamaba de la Leche, por la imagen de la Virgen de este nombre, que estaba en la casa de doña Isabel de Móstoles, y luego fué trasladada también a la iglesia de San Sebastián.

Volviendo a la de la Novena, diremos que la imagen venerada por Catalina Flores no es la que se halla en el altar de la capilla. Hallándose enferma la condesa de Chinchón, solicitó de la congregación de los Representantes autorización para llevar a su casa la imagen de la Novena, permiso que no le fué negado por tratarse de una gran favorecedora de la Congregación. Recobró la salud la condesa, y remitió a la capilla, no el cuadro que había recibido, sino una copia, tan perfecta, que fué recibida como el original. Hasta que hallándose aquella señora en trance de muerte, y apesadumbrada por el remordimiento, confesó el cambio y devolvió el lienzo a la Congregación, quien lo puso en la parte del coro de la capilla.

En la casa solariega de la familia del apellido Castellanos, en la calle de Buenavista, había una imagen de la Virgen, que era llamada de Buenavista o de los Castellanos, y se decía que estaba allí situada por una concesión de la Reina doña Leonor, madre de Entique III. Era tradición que un caballero del linaje Castellanos la vió arrebatada por un moro en el campo de Algeciras, y la rescató, pando muerte al sarraceno. Esta imagen estuvo luego en el con-

vento de la Trinidad Calzada, y actualmente, ostentando el pendón morado de Castilla, puede ser vista en la iglesia de Chamberí, donde la hizo llevar su último propietario, que fué el erudito historiador madrileño don Basilio Sebastián Castellanos.

No puede dejarse sin recuerdo la imagen hermosa de Santa María de Gracia, que se hizo en 1540 por devoción del caballero Francisco Ramírez y dió nombre a una Congregación de las más nobles personas de la villa, instalándose en la iglesia de la Vera Cruz, que estaba al lado de Puerta de Moros, y dió nombre a la calle del Humilladero, iglesia en la cual estaban los pasos que salían en la procesión de Viernes Santo.

Y no puede dejar de hablarse de imágenes madrileñas sin nombrar a la Virgen del Huerto, cuya iglesia se halla en un bello paraje a orillas del Manzanares. Fundó esa iglesia el corregidor de Madrid, don Francisco Antonio Salcedo, marqués de Vadillo, quien el sábado 10 de Septiembre de 1718 hizo traer la imagen en solemne procesión desde el Colegio Imperial.

Un Cristo célebre, si no por su arte, al menos por su tradición, es el de la Paciencia, azotado por los judíos que vivían en las casas del licenciado Baquero, en la calle de las Infantas, y se entregaban a tremendos desmanes con el crucifijo, hasta que descubiertos cayeron bajo el poder de la Inquisición, y a más de solemnes desagravios, en los que tomaron parte los reyes, fundóse sobre las casas de los judíos, que habían sido arrasadas, el convento de Capuchinos, cuyos solares son ahora la plaza de Bilbao. El Cristo de la Paciencia, que estaba en la iglesia de éstos, y dentro del cual fueron puestas las cenizas del crucifijo que quemaron los judíos, se halla actualmente en la iglesia parroquial de San Luis. Otro Cristo madrileño que se hizo para desagravio de aquella profanación, fué el de las Injurias, que se veneraba en la iglesia de San Millán y luego ha dado nombre a un barrio extremo. Por cierto que en la actual iglesia de las Injurias, que desde que es parroquia se llama del Corazón de María, hay una de las campanas que pertenecieron al antiguo templo parroquial de las Angustias, que era la capilla del palacio del Buen Retiro.

En San Sebastián tiene su capilla, a la izquierda, entrando por la calle de Atocha, el Cristo de la Fe, escultura de Angel Monasterio, y que también se llama de los Guardias, porque pertenece al

cuerpo de Alabarderos. Por cierto que esta imagen tuvo a sus pies, hasta no hace muchos años, la bandolera azul y plata de un guardia de Corps, inquietante recuerdo de una aventura que comenzó en amor y terminó en piedad.

En la capilla de Jesús, edificada por el duque de Lerma, don Francisco Gómez de Sandoval, está el famoso Nazareno, cuya boga es ahora tan grande en los viernes de Marzo. Célebre fué esa capilla, ya transformada y ampliada, que se hizo para el convento de la Trinidad Descalza, y a la que asistían las más famosas comediantas a la llamada misa de hora, no siendo menor su celebridad en los días de las llagas de Sor Patrocinio, que vivió en ese convento. El Nazareno, que sale en la procesión de Viernes Santo, acompañado por lacayos de la casa ducal de Medinaceli, fué preso en 1681 por Muley Ismam, rey de Fez, quien lo tomó en el fuerte de la Mamora, y fué rescatado al año siguiente por los trinitarios con otras imágenes y vasos sagrados.

Una imagen muy popular, y que dió motivo a la romería de la madrugada del Viernes Santo, hace pocos años suprimida, es la Cara de Dios. Esta reliquia fué regalada por el Papa al cardenal Homo Dei, quien a su vez hizo reventa de ella a su hermano don Carlos, Príncipe Pío de Saboya. La princesa doña Leonor de Moura y Corte Real, cuarta marquesa de Castel Rodrigo, fundó la capilla en 1657, no haciéndose pública hasta 1700, en que se abrió puerta a la calle. Derribada la capilla primitiva aneja al palacio del Príncipe Pío, en la montaña de su nombre, ha sido substituída por otra de moderna construcción en la calle de la Princesa, cerca de donde estuvo la anterior.

Cristo tradicional es el de las Aguas o de las Lluvias, al que invocaban en época de sequía los labradores de la vega de Madrid, y que se hallaba en San Pedro el Viejo. Hoy se conserva en el palacio episcopal.

El Niño Montañés, de las Comendadoras de Santiago, tiene unido su nombre a la tradición de la calle del Acuerdo, y como curiosidad, merece hacerse mención del Cristo de los Traperos, que estaba en la iglesia de la Concepción Jerónima, y al cual se hacía todos los años una función con el producto de la venta de las crines y colas de los caballos que morían en la plaza de toros.

Largo sería hablar de las imágenes características de distintas

regiones de España que tienen aquí copia, como las del Pilar, de Zaragoza; de los Desamparados, de Valencia; de Montserrat; la de Valbanera, que los riojanos tenían en San Martín y ahora en San Ginés, obra del buen escultor Alonso de los Ríos, o la de la Fuencisla, que los segovianos encuentran en la iglesia de Santiago. Las tres primeras juntábanse en la iglesia del Hospital de Montserrat o de la Coronilla de Aragón, que estaba en la plaza de Antón Martín, y tuvo su origen en la calle de Mesón de Paredes, donde ahora están las Escuelas Pías de San Fernando, en cuya iglesia se conserva la imagen del Pilar, primera que se veneró en Madrid, y que estaba en la capilla propiedad del Ayuntamiento de Madrid, contigua a la quinta del caballero catalán don Gaspar de Pons, fundador del Hospital de Montserrat en el sitio ya antes dicho. Allí, donde está el colegio de los Escolapios, esquina a la calle del Tribulete, es, por consiguiente, donde murió el gran poeta dramático Guillén de Castro, y allí fué enterrado.

Las obras de artistas ilustres que perduran en las iglesias de Madrid son suficientes para hacer de ellas un buen catálogo. Forzados por las exigencias de un corto espacio, sólo indicaremos las más notables.

Destaca en primer término sobre nuestros escultores del siglo XVII el célebre Manuel Pereira, de quien conservamos en Madrid algunas interesantísimas obras. Era Pereira portugués por su nacimiento, pero toda su labor fué realizada en nuestra villa y corte, donde vino a avecindarse. Dícese que había estudiado su arte, primero en Italia y luego en Valladolid, que tan excelentes modelos ofrecía a los imagineros. Aquí en Madrid establecióse ya con gran reputación, y en 1646 recibió de Juan Palomeque, prior del convento de San Felipe el Real, el encargo de ejecutar en piedra y un tamaño de dos varas de altura, la estatua del santo titular, que al año siguiente fué colocada sobre la puerta lateral de la iglesia.

Su obra maestra era el San Bruno que estaba sobre la puerta de la hospedería de los Cartujos en la calle de Alcalá, donde hoy se halla la dirección general de Navegación. Esa imagen era de una acabada perfección, y se citaba entre las cosas notables que había que ver en Madrid. Dícese que Felipe IV tenía, orden dada a su cochero para que fuese despacio cuando pasase por delante de ella, y tener de esta manera tiempo para contemplarla a su sabor.

Quedóse Pereira casi ciego en los últimos años de su vida, y así ejecutó a tientas el modelo para la estatua de San Juan de Dios que hay sobre la puerta de la que fué iglesia del hospital de Antón Martín y hoy es parroquia del Salvador. Esta imagen fué concluída por su discípulo Manuel Delgado. Murió Pereira en esta corte el año 1667, rico y generalmente estimado. Estuvo casado con una hija de don José de Mendieta, caballero del hábito de Santiago, ayuda de cámara del rey y veedor de las obras reales. De su matrimonio hubo un hijo, que se llamó don Bartolomé, quien hubo de ser un sacerdote ejemplar.

He aquí las obras principales que dejó Pereira entre nosotros:

En San Isidro el Real, la estatua de piedra del santo titular que está sobre la puerta principal de la iglesia, y las de los santos labradores que están en el retablo mayor y en los nichos del presbiterio. Estas últimas efigies, trasladadas de la capilla de San Isidro en la parroquia de San Andrés, cuando Carlos III determinó la traslación de los restos del santo patrón de Madrid. En San Andrés, la estatua del santo Apóstol encima de la puerta de la iglesia, y otra, de la Virgen, sobre una de las puertas de la capilla de San Isidro. En el Rosario, que estaba en la calle Ancha al lado de la Flor Baja, la célebre imagen del Cristo del Perdón, policromada por Francisco Camilo.

En la hospedería de los Cartujos del Paular, la ya mencionada imagen de San Bruno. En San Martín, la iglesia que había en la plaza de ese nombre, el titular a caballo partiendo la capa con Cristo, en la fachada principal, y una imagen de San Benito en una puerta lateral. En San Antonio de los Portugueses, dos imágenes del titular, una pequeña, en piedra, sobre la puerta, y la de madera en el altar mayor, ambas mejores que la de Ginés que hay en la ermita de la Florida. En San Plácido, San Ildefonso, San Bernardo, San Ruperto y San Anselmo, en los pilares de la cúpula. Y, finalmente, en las Escuelas Pías de San Fernando, la estatua de San Juan Bautista en el altar de Nuestra Señora.

De todas estas iglesias se conservan hoy las de San Isidro (actualmente catedral), San Andrés, San Antonio de los Portugueses y las Escuelas Pías de Lavapiés, sobresaliendo entre todo lo que queda de Pereira, la hermosísima imagen de San Antonio, en el templo del Refugio, uno de los más bellos e interesantes de

Madrid, a más de esto, por sus pinturas de Rizzi, Carreño y Lucas Jordán.

Prosiguiendo con la escultura madrileña en el siglo XVII, podemos citar también en lugar preferente algunas obras de un gran imaginero nacido en la centuria anterior, pero que fueron ya realizadas en ésta. Me refiero a Gregorio Hernández, de quien tenemos, en la Encarnación, las estatuas de San Agustín y Santa Mónica, en el altar mayor, y dos Cristos yacentes. El de los Capuchinos del Pardo y el que se conserva en nuestra iglesia de San Plácido. Hizo además para Madrid este escultor, un San Ramón, destinado a la Merced, y otro Cristo yacente, para San Felipe Neri.

Encontramos después a Alonso de Mena, interesante por sí mismo y por suponérsele padre de otro gran escultor, Pedro de Mena. De Alonso es el Cristo del Desamparo, que también se llama de los Siete Reviernes, y fué traído de Granada con gran devoción y aparato por el corregidor don Juan Fariñas, para depositarlo en la iglesia de los Agustinos Recoletos. Hoy se halla en la de San José.

Pedro Alonso de los Ríos, hijo de otro escultor, Francisco Alonso de los Ríos, vino a establecerse en Madrid, donde realizó obras notabilísimas y donde falleció en 1700, habiendo sido maestro de don Juan de Villanueva. Dejó en esta corte la labor siguiente:

En San Francisco, un crucifijo de la Buena Muerte. En San Martín, las estatuas de San Benito, Santo Domingo de Silos, Santa Gertrudis y la Virgen de Valvanera. En San Felipe el Real, un San Juan de Sahagún, y en Santa Cruz, una Concepción. En la fachada de San Cayetano, la Virgen, el santo titular y San Andrés Avelino.

Manuel Contreras, discípulo de Domingo de Rioja, con quien trabajó por orden de Felipe IV en el vaciado de las estatuas de bronce que se colocaron en la pieza ochavada del palacio antiguo de Madrid, hizo una excelente imagen de San Lázaro para la iglesia de Antón Martín.

Don Pablo González Velázquez tiene en esta relación un lugar indiscutible. Nació en 1664 y fué padre de don Luis, don Alejandro y don Antonio, pintores de fama que florecieron en el siglo siguiente. Hizo don Pablo para la iglesia de San Juan de Dios una imagen de San Judas Tadeo; para San Sebastián la escultura de la custodia que sale en la Minerva; San Joaquín y Santa Ana para los irlandeses y gran parte de la escultura para el altar mayor de San Felipe

el Real. Pero sus obras más notables son el retablo de las Calatravas y el San Luis Obispo que hay en la fachada de la iglesia parroquial de este nombre.

La escultura del siglo XVIII dejó muestras muy considerables en la imaginería religiosa. En preferente lugar debe consignarse el grupo de la Huída a Egipto, que existe en la iglesia de San Sebastián, y su capilla de Belén, que pertenece a la congregación de arquitectos, y en cuya bóveda yacen Ventura Rodríguez y Juan de Villanueva. Ese primoroso grupo fué trazado por don Manuel Alvarez, autor de las esculturas de la fuente de las Cuatro Estaciones en el Prado, cuya estatua de Apolo hubo de concluir Alfonso Vergaz, por muerte de Alvarez. El grupo de la Huída a Egipto fué acabado de ejecutar por Julián de San Martín. Por cierto que en el diccionario Espasa aparece una reproducción de ese grupo y se da como autor de él a Martínez Montañés, cosa absurda sólo a simple vista, pues no se puede confundir el dulce diseño de una composición del siglo XVIII con el dramatismo y la fuerza de una imagen del XVII, y más si era de aquel gran escultor.

Francisco Gutiérrez, el autor de la figura de la Cibeles en la fuente de ese nombre, tiene en la iglesia antigua de Maravillas, hoy parroquia de Santos Justo y Pástor, las imágenes de San Elías y de Santa Teresa.

Domingo Olivieri, que vino de Italia traído por el marqués de Villarias, y fué primer escultor de Felipe V, dejó admirables muestras de su talento en la fachada de la iglesia de las Salesas, hoy parroquia de Santa Bárbara, con las estatuas de San Francisco de Sales, Santa Juana Francisca Fremiot, el relieve de la Visitación y el grupo de San José, la Virgen y el Niño, que están a la derecha, sobre la que fué portería del monasterio.

Juan Pascual de Mena, autor de la fuente de Neptuno, en el Prado, reproducida hace pocos años en una revista extranjera como una de las doce fontanas más bellas del mundo, apreciación que no sería tan exagerada si la hubiésemos visto dedicada a la fuente de Apolo o de las Cuatro Estaciones, tiene en la imaginería religiosa la Virgen de la Correa, que está en la nueva iglesia de los Agustinos de la calle de Valverde, contigua al antiguo oratorio del Espíritu Santo; Santa María de la Cabeza, en la fachada de la Colegiata de San Isidro; en San Marcos, la imagen del titular, San Benito y

Santa Escolástica; la imagen actual de la Virgen del Buen Consejo, en la Colegiata de San Isidro, y además hizo para Santa Cruz, un Cristo, un San Antonio, una Virgen de la Soledad y otra de la Caridad.

José Salvador Carmona hizo para San Luis una Concepción, y para San Sebastián, un San Francisco Xavier. Luis Salvador Carmona dejó más labor en esa iconografía. Hizo para Santa Cruz la Virgen de la Paz, destinada, como la Caridad de Juan Pascual de Mena, a la cofradía que acompaña a los reos en sus últimos momentos. En Santos Justo y Pástor (hoy iglesia pontificia de San Miguel), Santa Librada en la Cruz. La Divina Pastora, en San Cayetano. Y en la iglesia de San Sebastián, la imagen del titular que hay sobre la fachada que da a la calle de Atocha. A esta imagen se refirió don Francisco Gregorio de Salas en su famoso epigrama:

Santo de tanto valor,
¿qué haces en tal frontispicio?
Os aseguro, en rigor,
que a no estar en el Hospicio
no pudiera estar peor.

Justo es decir que estos versos son peores que la imagen que critican. Luis Salvador fué, por cierto, discípulo de Juan Rou, autor del San Fernando que hay en la fachada del Hospicio, y de las figuras de San Isidro y de Santa María de la Cabeza que están en el puente de Toledo, monumentos que actualmente son admirados como merecen, pasada ya la época en que se vituperaban el churriguerismo y el riberismo.

Alfonso Vergaz, que terminó el Apolo de la fuente del Prado, es autor del hermoso crucifijo que hay en San Ginés, en la capilla del Santísimo Cristo, y de San José de Calasanz y de Nuestra Señora de las Escuelas Pías, en los Escolapios de San Fernando.

Otro escultor insigne del siglo XVIII es el francés Roberto Michel, que fué director de la Academia de San Fernando. Hizo en lo profano los adornos de la Puerta de Alcalá y los leones de la Cibeles. De escultura religiosa, dejó la Caridad y la Esperanza, en la fachada de la iglesia de Santos Justo y Pástor, ahora pontificia de San Miguel. San Prudencio y San Martín de Loynar, en San Ignacio.

En San Marcos, unos ángeles, con Felipe de Castro, que también fué director de la Academia, y era extremado en la escultura infantil, como lo prueban los niños que labró para la verja del Buen Retiro, hoy en los jardines de la Veterinaria. En la parroquia de Santiago, un San Francisco de Borja y un San José. Pero la imagen más bella de Michel es la de la Virgen del Carmen, que puede admirarse en la fachada de la parroquia de San José, antes iglesia de los Carmelitas Descalzos. Y a propósito de esta efigie, viene al caso referir cierto sucedido que aconteció al famoso banquero marqués de Salamanca. Hay al lado de esa imagen dos faroles destinados a alumbrarla y que entonces eran de aceite y sufragados por alguna persona piadosa. Pasaba un día por la calle de Alcalá Salamanca con un grande amigo suyo, y mirando a la hornacina de la Virgen, hubo de decir:

—¿Quién será el tal que se gasta el dinero en pagar los farolitos esos?

A lo que su acompañante le contestó regocijado:

—Pues ese tal es usted, mi querido amigo, porque esos farolitos los paga la marquesa de Salamanca.

De otra imagen de piedra ya transfigurada cabe hacer mención aquí. El San Norberto que había sobre la puerta del convento de los Mostenses, y que quedó convertido en el león que corona la fuentecilla de la calle de Toledo.

No es cosa de hacer aquí un inventario de la riqueza artística que se conserva, mucha de ella ignorada, en las iglesias de Madrid. Pero si aparte de la imaginería hubiésemos de citar algunos lienzos admirables, podríamos, a más de recordar el Cristo de Velázquez, hoy en el Museo del Prado, y pintado «por los pecados del rey» para el convento de San Plácido, la Anunciación, de Claudio Coello, que hay en esta iglesia; el San Felipe Neri y el San Agustín, de Donoso, en las Trinitarias; el San José de Calasanz, de Goya, en las Escuelas Pías, y especialmente la Concepción, de Ribera, que está en Santa Isabel y que ofrece la anécdota de que habiendo servido de modelo para ella la propia hija del Españoleto, fué puesta como condición por la comunidad que había de variarle el pintor el rostro, por no poder representar a la Virgen la amante de don Juan de Austria el Chico. Sin embargo, andando el tiempo, la hija de esos amores profesó en las Descalzas Reales con el nombre de sor Margarita de la Cruz, y su egregio padre, que sin duda en el taller de Ribera aprendió

el arte de la pintura, dejó muestra de su talento pictórico en la capilla del Milagro que existe en las escaleras dentro de la clausura.

Y para la devoción callejera, quedan el Arco de Santa María, nombre que se dió a la capilla de la Soledad que fundó en la calle de Fuencarral el marqués de Navahermosa el año 1712; la de la Portería, en la calle de Santa Isabel, instituída en 1734 por el marqués de la Solana, don Juan Morante de la Madrid y reedificada al rehacerse la finca. Las capillas de San Isidro, a más de la del campo, en la calle del Aguila, donde se conserva una de las arcas en que estuvo el cuerpo del santo; la de la casa de los condes de Paredes, en la plaza de San Andrés, y que se supone que ocupa el mismo sitio de la estancia donde murió San Isidro, y la de la calle del Almendro, en el patio de la casa del marqués de Villanueva de la Sagra, lugar donde según la tradición recogía el santo su ganado.

Aun quedan en las calles de Embajadores, de la Paloma y de la Villa algún retablillo portalero. ¡Imágenes de portal, que tantas cosas han visto! Ellas me recuerdan a aquel duque de Arcos, que teniendo amores con la famosa comedianta y tonadillera María Ladvenant, que vivía en una casa cuyo portal tenía un retablillo, lanzaba todos los días un pañuelo al rostro de la imagen para que no le viera entrar en casa de su amante.

He dicho.

BLASS, S. A. Tipográfica.—Núñez de Balboa, 21. MADRID